

NUEVO CAUCE PARA LA LENGUA

Distancias y Aproximaciones

8

por
Sebastián
Salazar
Bondy

Una de las particularidades de la poesía española de este siglo, que ha sido y es como una resurrección tras el eclipse del siglo XIX (la lengua entonces tuvo, por fortuna, a nuestro americano Darío), es su variedad. Lo culto y a la vez popular (Lorca, Alberti, Hernández), lo intelectual prístino y develador (Cernuda, Salinas, Guillén), lo iconoclasta e inventor (Diego, Dámaso Alonso), lo humanísimo y más profundo (Machado), lo obsesivo y hasta super-real (Aleixandre), tienen un sesgo más que para un idioma como el español —“que al primer descuido se nos convierte en discurso municipal”, como decía Baroja— representa una prueba poética de fuego: el de la poesía saldómica de León Felipe.

Y he aquí que, a más de la poesía de este trashumante, parlachín, profético y divergente español, un tomo nos ofrece su prosa y su teatro en la edición grave y prolija de la Colección Cumbre de Losada, unido a la serie en que ya figuran Hernández, Alberti y Neruda. La primereacción del lector ante esta voz, que es tonante pero no retórica, que es alta y mayor pe-

ro no grandilocuente, es la de la sorpresa, y aunque a León Felipe se lo haya leído y aun oído antes, la obra junta, que además se ofrece admirablemente unitaria y ascendente, como en espectral, adquiere una excepcional dimensión que reclama para sí un puesto en la primera fila de la literatura de la España de esta centuria. Su digno diferencial significa una apertura porque es el acceso triunfal de la lengua a predios expresivos donde la letra se ordena en evangelio, en advertencia y anuncio.

El aura pintoresca de chambergos y bastón, de anécdota en ocasiones temeraria, que rodeaba el nombre del poeta, se troca merced al volumen de la “opera omnia” en forma de la angustia, vertida menos en la actitud de angel exterminador, con que ha solido ir de un lado a otro por el mundo que en esos cantos en los que prevalece un humanismo torturado. “No hay más que una causa —dice—: la del hombre. Y, por ahora, la de la miseria del hombre”. No una veleidad fácil, no una proclama ni una pancarta de manifestación callejera, sino el clamor por una

salvación que los propios hombres, contradictorios como son desean y rehusan simultáneamente. Ya no está sola la imagen del robusto anciano con los brazos en alto invocando la paz y la justicia perdidas, sino la mano, delicada como una antena, admitiendo y emitiendo el dolor —frecuentemente cristiano— que padece y ve padecer.

Por eso el tomo de Losada es doblemente valioso —lo ha sido para el comentarista—, puesto que destierra el sonido y retiene, en cambio, el furor, un furor que en este caso sí es santo o, por lo menos, sagrado. Después de todo, en él hay un eco de terrores que fueron y todavía no han dejado de ser, y asimismo la nostalgia de un futuro armonioso que es inconcebible sin una dosis de fe (pues la fe no es obligadamente religiosa, o no es, mejor dicho, predeterminada y ceñida a un catecismo, y puede ser profana).

Al fin y al cabo, es producto, la obra de León Felipe, de esa sabiduría que, según Gide, es tal porque se asombra. “Porque el sabio —dice el poeta— es el hombre precavido que

no se atreve a decir e pur si muove, teniendo todas las pruebas y habiendo visto que el mundo se mueve. Y yo lo grito y lo canto, arrebatado, sin tener pruebas y sin haberlo visto mover”. Ningún asombro mayor que éste, ninguna sabiduría tampoco, porque son el asombro y la sabiduría vaticinadores del poeta, del gran poeta. Eso que los minuciosos contadores de hechos que creen en las operaciones estrictas y desdeñan los alumbramientos intuitivos reputan cosa poco seria y que, a la postre, prevalece a todas las contingentes seriedades estadísticas.

Nada hay ajeno a un idioma —y menos a un idioma como el español— si aparece el escritor o el poeta de raza y genio que se propone lograrlo. El sesgo leonfelipiano traza un cauce nuevo para nuestra poesía, ese mismo que transitó Whitmann y que antes de Whitmann tantos otros —hasta remontarse al Apocalipsis— transitaron. De donde resulta que el poeta de “Versos y oraciones del caminante” es culminación del idioma y también su precursor, por condición de segura perdurabilidad.

EC, 10/5/64,